

2

Misión y Universidad: ¿qué futuro queremos?

ADOLFO NICOLÁS PACHÓN, SJ

RAÍCES DE FUTURO



Este segundo volumen de la colección *Raíces de futuro* recupera la conferencia del padre Adolfo Nicolás, sj, en la celebración de los 50 años de la escuela de negocios ESADE, que se llevó a cabo en Barcelona el 12 de noviembre de 2008.



Misión y Universidad: ¿qué futuro queremos?

ADOLFO NICOLÁS PACHÓN, SJ

Nicolás Pachón, Adolfo

Misión y Universidad : ¿qué futuro queremos? / Adolfo Nicolás Pachón. - 1a ed. - Córdoba :
EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2017.

Libro digital, PDF - (Raíces de futuro ; 2)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-626-345-0

1. Universidades Privadas. I. Título.

CDD 378.04

Raíces de Futuro

2. Misión y Universidad: ¿qué futuro queremos?

Adolfo Nicolás Pachón, sj

Copyright @ 2017 by *Educc* – Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Diseño editorial: Sofía García Castellanos.



“INSPIRANDO FUTUROS”¹

Se dice de los jesuitas que nuestra misión nos lleva a las “fronteras”: a los lugares donde se debate y se trabaja prácticamente por resolver los grandes problemas de la humanidad: salir de la pobreza y progresar en desarrollo humano, organizar la convivencia bajo criterios de solidaridad, justicia y respeto mutuo, buscar prácticamente los valores que humanizan a las personas y a las sociedades.

(...)

“Inspirando futuros” es un lema que, según me han explicado, fue elegido por una gran mayoría entre otras propuestas. Me parece un lema afortunado y, valga la redundancia, “inspirador”.

La palabra “inspirar” tiene la misma raíz que “espíritu” que

¹ “Inspirando futuros” fue el lema elegido para la celebración de los 50 años de la escuela de negocios ESADE, y en cuyo marco se desarrolló la presente conferencia.

originariamente significa viento, aliento. Pero en nuestro mundo existen muchos “espíritus”, es decir, muchos valores, a veces contradictorios. Max Weber habló del “espíritu” del capitalismo y hoy día muchos hablan de un espíritu del neoliberalismo. (...) Si queremos “inspirar futuros”, ¿qué “espíritu”, qué viento queremos que hinche nuestras velas? ¿Qué valores queremos que configuren el futuro?

Permitidme todavía alguna pregunta más. Un antiguo refrán dice que “nadie da lo que no tiene”. Si queréis “inspirar futuros”, ¿supone esto que queréis trabajar vuestro “espíritu” para poder comunicarlo? Pero “espíritu” es una palabra polisémica, con múltiples significados porque en nuestro mundo coexisten y a veces se enfrentan “espíritus”, es decir, valores, muy diferentes y hasta opuestos. ¿Qué espíritu queréis cultivar? ¿Y, a quién queréis inspirar?

Afortunadamente, el “espíritu” y la espiritualidad van dejando de ser patrimonio exclusivo de las religiones y de los creyentes. Muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, alejados por múltiples motivos de las grandes tradiciones religiosas, no renuncian por ello a cultivar su espíritu. Estamos en un mundo plural y en cambio y por lo tanto la definición del espíritu es difícil de precisar. Pero parece que los distintos itinerarios confluyen en algunos puntos fuertes: el cultivo de una sensibilidad humana profunda que dé a la vez empatía y capacidad de discernimiento; la salida de la perspectiva espontáneamente egocéntrica con la que nos situamos ante las personas y ante toda realidad; la búsqueda de una manera de ver y vivir el mundo de una manera pacificada, compasiva y solidaria. Trabajar el espíritu puede significar también desarrollar “calidad humana”. En todo caso, la persona “espiritual” es la que busca; discierne; e intenta dar cuerpo a las grandes opciones de la vida desde una gran libertad inspirada en el amor.

La palabra “espíritu” está llena de sugerencias simbólicas. En la Biblia, el espíritu es el viento que empuja con fuerza y cuya dirección no puede ser encasillada en reglas dadas de antemano. En la escena de Pentecostés, el Espíritu Santo es “viento” y también “fuego” que transforma a las personas: el resultado es que los amigos de Jesús vencen el miedo, salen a la calle y predicán con convencimiento y libertad el sorprendente mensaje de su amigo y maestro. Sintomáticamente, los jesuitas, en nuestra última Congregación General hemos elegido esta metáfora del fuego (y del espíritu) como símbolo que resume lo que sentimos ser nuestra misión: “ser un fuego que enciende otros fuegos”, es decir, que “inspira”. “Inspirar” es todo lo contrario de coaccionar, imponer o adoctrinar. Es sugerir, apelando a lo mejor que el otro lleva dentro. Es invitar en diálogo al desarrollo autónomo de cada uno.

En un mundo en el que los fundamentalismos de todo tipo, religiosos e ideológicos, dividen, enfrentan y llegan a justificar la violencia, el verdadero espíritu pone en marcha procesos de diálogo respetuoso. La espiritualidad, es decir, el cultivo del espíritu, es el mejor suelo en el que puede enraizar la semilla del diálogo intercultural e interreligioso que es un elemento decisivo de un futuro económico y político más libre, justo y pacífico.

Los jesuitas somos creyentes que reconociéndonos imperfectos y egoístas, nos sentimos llamados a ser compañeros de Jesús, como lo fue San Ignacio (CG32. D.2 n° 1). Esto quiere decir que nosotros deseamos ser movidos por el “espíritu” de Jesús: su manera de ser, su talante, sus valores, sus preferencias. Lo decimos con mucha humildad, porque es una pretensión desmesurada. En todo caso, para nosotros, es una llamada y un regalo que provoca nuestro agradecimiento y motiva nuestra respuesta, que deseamos total e incondicionada.

Esta aspiración está marcada por una búsqueda, un discernimiento. San Ignacio, que vivió en la frontera cultural de la Edad Media con el Renacimiento y de la Iglesia Romana frente a la Reforma tuvo que enfrentarse a la necesidad de discernir, entre los muchos “espíritus” de su tiempo, para decidir por cual quería dejarse “inspirar”.

Tal vez, pues, los jesuitas y nuestra tradición podemos colaborar en esta identificación del espíritu que queremos que configure la práctica educativa de las universidades vinculadas con la Compañía de Jesús. En este sentido, Diego de Ledesma, profesor jesuita y rector del Colegio Romano (hoy Universidad Gregoriana de Roma), aducía en el siglo XVI cuatro razones para que los jesuitas trabajaran en instituciones educativas.

“Lo primero, porque proveen a la gente con muchas ventajas para la vida práctica; en segundo lugar, porque contribuyen al correcto gobierno de asuntos públicos y a la apropiada formulación de leyes; en tercer lugar, porque dan decoro, esplendor y perfección a nuestra naturaleza racional; y en cuarto lugar, que es de suma importancia, porque son la defensa de la religión y nos guían con gran seguridad y facilidad en la consecución de nuestro fin último”.

Estas cuatro razones han sido interpretadas y desarrolladas por mi predecesor, el P. Kolvenbach, como cuatro finalidades últimas de la educación de los jesuitas. En forma condensada, el P. Kolvenbach las nombraba por sus nombres latinos: la “*utilitas*”, la “*iustitia*”, la “*humanitas*” y la “*fides*”: utilidad, justicia, humanidad y fe.

La reflexión sobre estas cuatro dimensiones constituye un núcleo fundamental del pensamiento universitario del P. Kolvenbach que yo asumo como una de las características de la Universidad jesuita. Quiero ahora reflexionar con vosotros de qué manera estas cuatro dimensiones pueden definir el “espíritu” que queréis “inspirar” en los “futuros” del mundo.

INSPIRANDO FUTUROS CON UN ESPÍRITU DE “UTILITAS”, “IUSTITIA”, “HUMANITAS” Y “FIDES”

A) UN ESPÍRITU “ÚTIL”

El espíritu que inspira futuros es, en primer lugar, un espíritu “útil”. Un espíritu que quiere resolver los problemas y atender a las necesidades de las personas concretas, especialmente de los más pobres. La educación jesuita ha querido ser siempre una educación orientada a la práctica, tanto en la investigación como en la docencia. Pero la utilidad y el sentido práctico no pueden ser cortos de miras. La investigación, como antes he subrayado, ha de pretender no sólo resolver los problemas del corto plazo sino también colaborar a la solución de los grandes problemas que afectan actualmente a la humanidad: el desarrollo sostenible y justo, la convivencia intercultural, los valores que dan sentido a la acción transformadora de la sociedad.

La docencia realmente práctica debe orientarse a la formación de buenos profesionales que, siendo técnicamente competentes, sepan descubrir y vivir el sentido social de toda profesión: el servicio experto a la sociedad en un campo concreto. ... Una profesionalidad que no sólo se adapta al mundo tal como es, sino que “aspira” (palabra que alude también al espíritu) a transformarlo, haciéndolo más humano.

El espíritu de la “*utilitas*” es un espíritu que engendra profesionales conscientes de la diversidad de riquezas que puede producir el ejercicio de una profesión: riqueza económica; satisfacción ecológicamente sostenible de necesidades vitales; y también sentido de la existencia y construcción de una comunidad humana más respetuosa de la dignidad humana. Esta conciencia de las múltiples

repercusiones que el ejercicio profesional tiene en la sociedad hace al profesional necesariamente humilde, le abre al trabajo en equipo, y finalmente le proyecta a consensuar decisiones, a actuar. Se trata de decisiones insertas en contextos complejos y difíciles: porque las encrucijadas y las fronteras se nos acercan y se multiplican a nuestro alrededor.

Y en medio de esta complejidad, puede abrirse paso una sencilla forma de “*utilitas*”, que es el servicio. Formar personas en la *utilitas*, formar personas “útiles”, es quizás formar servidores. No formar a los mejores del mundo, sino formar a los mejores para el mundo. Con lo que la excelencia de un profesional se mide ante todo con el parámetro del mayor servicio a la familia humana.

Tal vez esta descripción del profesional parezca muy idealizada y poco “práctica”. Pero ¿es realmente “útil” a la sociedad el profesional que sólo busca los bienes externos de la profesión: la recompensa económica, el prestigio y el poder? ¿Acaso la sociedad no necesita este otro tipo de profesionales? ¿No son los realmente “útiles”?

Pero formar profesionales de este tipo no es posible si no se cultiva en ellos también el “espíritu” de la justicia y el de la humanidad.

B) UN ESPÍRITU DE “JUSTICIA”

El espíritu inspirador de futuros es, en segundo lugar, un espíritu de justicia. La promoción de la justicia es una dimensión de la misión de los jesuitas que se explicitó especialmente a partir de la Congregación General 32: un encuentro de responsables jesuitas que tuvo lugar en Roma en 1975 y que marcó profundamente nuestra identidad y nuestra misión. Las Congregaciones Generales

posteriores han confirmado una y otra vez esta opción por la justicia como exigencia de nuestra espiritualidad.

Lo que se ha dicho en estas Congregaciones Generales es que nuestra fe es fe en el Dios de Jesús que quiere el bien de todos los hombres y mujeres del mundo; y que sólo podemos decir que la vivimos si nuestro amor a las personas concretas nos lleva a defender sus derechos, es decir a promover una sociedad más justa. Este sencillo descubrimiento ha cambiado nuestra perspectiva: nos ha acostumbrado a mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres, de los que sufren la injusticia. Por esto nuestra opción por la justicia es también una opción preferencial por los pobres.

Estas opciones han significado una gran transformación para la Compañía de Jesús. Una transformación difícil a veces. Vosotros sois expertos en organización y sabéis que las transformaciones de “cultura organizativa” no se hacen sin dificultades y tensiones. Pero actualmente es un cambio asumido aunque somos conscientes de que hemos de renovarlo cada día porque el mundo en el que vivimos no ayuda a mantener esta opción.

En todo caso los jesuitas no podemos olvidar que el compromiso con la justicia ha tenido consecuencias dolorosas para nosotros, entre ellas el derramamiento de sangre de compañeros jesuitas y de muchos amigos nuestros. Por ello estamos convencidos de que ninguna de las instituciones vinculadas a la Compañía de Jesús debe ser ajena a dicho compromiso: tampoco las universidades, incluyendo las facultades de derecho y las escuelas de negocios.

La raíz económica de la injusta desigualdad que divide dramáticamente al mundo es evidente, aunque no es la única. (...) Se trata de superar la división del saber que permite despreocuparse de la repercusión social y humana del funcionamiento de las empresas en el mercado. Hoy en día las grandes empresas hablan de

“responsabilidad social”. La responsabilidad social más importante de un centro universitario... es ser promotor de justicia a todos los niveles: en las relaciones individuales, en las organizaciones y también en las sociedades donde operan, con una visión a la vez local y global. Una justicia, que como han subrayado nuestras últimas Congregaciones Generales, ha de integrar nuevas dimensiones: la sostenibilidad en la forma de justicia medioambiental, la dimensión de género, la convivencia humana en un mundo multicultural.

Un centro universitario debe promover la justicia en todas sus actividades. Por supuesto en su organización interna y con sus propios *stakeholders*. En la investigación sobre los grandes problemas de la humanidad, como ya he señalado. En su trabajo de catalizador e impulsor de ideas y proyectos que cambian la sociedad hacia una mayor justicia. En la docencia promoviendo la sensibilización de los estudiantes. Como decía el P. Kolvenbach, los centros universitarios deben hacer posible que los estudiantes, “a lo largo de su formación (...) dejen entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los más desaventajados”².

Los estudiantes no sólo necesitan sensibilización sino también rigor académico para enfocar correctamente las cuestiones sociales a lo largo de su futura vida profesional. Como también decía el P. Kolvenbach, necesitan “solidaridad bien informada”.

...

² Kolvenbach, P. H. Discurso en la Universidad de Santa Clara, nº42.

C) UN ESPÍRITU HUMANISTA

Tal como hemos citado, en el siglo XVI, Diego de Ledesma se refería a la “*humanitas*” como aquel atributo que “da decoro, esplendor y perfección a nuestra naturaleza racional”.

Los jesuitas tenemos una visión esperanzada (no siempre optimista) del ser humano porque creemos firmemente en “la misericordia de Dios y su amor al hombre” (Carta de San Pablo a Tito 3,4; texto de la misa de Navidad). La última Congregación General dice que nuestro modo de proceder es “descubrir las huellas de Dios en todas partes, sabiendo que el espíritu de Cristo está activo en todos los lugares y situaciones y en todas las actividades y mediaciones que intentan hacerle más presente en el mundo” (“Un fuego que enciende otros fuegos”. CG 35, D.2, n. 8). Somos invitados a ser conscientes de la acción de Dios en lugares y personas en los que nunca hubiéramos pensado, a descubrirle “interesado por todas las zonas áridas de su mundo” (Ibíd. n. 12). Por todo ello queremos ayudar al desarrollo integral de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Así, en nuestros centros universitarios, deseamos acoger al alumno en su concreta realidad. Alumnos y alumnas marcados, en el mundo occidental, por la cultura de sociedades ricas y consumistas. Con dificultades para orientarse en la vida en sociedades pluralistas e individualistas. Con todo el bagaje, positivo y negativo de la postmodernidad. Queremos ayudar a estos alumnos a descubrir todas sus dimensiones, también las que son frecuentemente silenciadas en nuestra sociedad. El trabajo de la dimensión espiritual de la persona debe ser ofrecida en libertad en nuestros centros para que los que la acogen la puedan desarrollar.

El Espacio Europeo de Educación Superior orienta a las universidades a organizar el aprendizaje de los alumnos desarro-

llando sus competencias. Las competencias pueden estar orientadas solamente al mercado, pero pueden también ser comprendidas en el marco de un humanismo que las lleve a ser elementos de una formación integrada e integral de la persona humana.

En estos últimos tiempos, los jesuitas y laicos implicados en la educación universitaria hablan de cuatro características de la persona humana íntegra e integral, a partir de cuatro cualidades que empiezan por la letra “C”. En efecto, el espíritu humanista genera personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas. Conscientes de sí mismas y del mundo en el que viven, con sus dramas, pero también con sus gozos y esperanzas. Competentes para afrontar los problemas técnicos, sociales y humanos a los que se enfrenta un profesional. Personas también movidas por una fuerte compasión. Esta palabra ha sido con frecuencia mal usada, aplicándola a un sentimentalismo superficial que humilla a la persona a la que pretendidamente se quiere ayudar. Pero en realidad compasión, con un guion que separa las dos partes de la palabra, indica algo muy profundo y muy humano: la capacidad de sentir como propio el gozo y el dolor de los demás; la capacidad de ponerse en su piel; la capacidad de acompañarles y ayudarles desde dentro de la situación; la constatación de que el otro, cualquier otro, especialmente el otro que sufre, es mi hermano o mi hermana. Esta compasión es el motor a largo término que mueve al compromiso: esta forma de amor en la que el ser humano no sólo da algo sino que se da a sí mismo a lo largo del tiempo.

En el fondo del espíritu humanista está la convicción y la experiencia de que los seres humanos podemos ser transformados a un nivel que va más allá de la moral y los buenos sentimientos al uso. Que podemos trabajar lo que algunos han llamado la “ca-

lidad humana”. Es difícil definirla pero reconocemos fácilmente a las personas que la tienen. No es nada elitista y la encontramos con frecuencia en personas muy sencillas. En la Declaración de Valores que habéis redactado, la habéis definido como una “combinación de conocimiento, criterio, sensibilidad, equilibrio y profundidad que genera personas serenas, coherentes, fiables, capaces de encarnar (yo añadiría que con apasionamiento) los valores fundamentales que nos hacen más humanos”.

D) UN ESPÍRITU DE FE

La última dimensión del espíritu según la caracterización del jesuita Diego de Ledesma es la “*fides*”. Resulta especialmente delicado hablar de la “*fides*”, de la fe.

Es delicado porque, en la actualidad, en la mayoría de las universidades que están vinculadas a los jesuitas, una parte significativa del personal no docente y del profesorado no comparte plenamente nuestra fe. Puede parecer que hablar de la fe es hablar, otra vez, de lo que separa y divide. Y sin embargo, creo que es necesario hablar de la fe. Porque los jesuitas somos creyentes y queremos poner las cartas sobre la mesa: decir claramente por qué sentimos como propia la misión que nos une a todos; y expresar también lo que, con una gran modestia, nos parece podemos aportar desde nuestra experiencia.

Además, hablar de la fe se hace difícil porque, en este mundo donde caen las fronteras políticas, las religiones se convierten a veces en excusa para construir nuevas fronteras, para encerrarse en el miedo y para excluir a los diferentes.

La fe es una vivencia difícil de formular; y a la que quiero referirme “con temor y temblor” porque otras formulaciones de esta vivencia generan de hecho inhumanidad y violencia.

Los jesuitas hemos escuchado la Buena Noticia que Jesús anunció: Dios está cerca de todo hombre y de toda mujer. Y cuando las personas se abren a esta cercanía amorosa, salen de sí mismas y miran a los demás y al mundo “de otra manera”: como hermanos y hermanas de todos, como creación de Dios. Nuestro Dios no es un dios guerrero, intransigente ni excluyente. Es, según dicen las parábolas de Jesús, como un padre que festeja alegremente la vuelta de su hijo, como un buen samaritano que ayuda concretamente a las víctimas de la violencia humana por los caminos del mundo.

No creemos que nuestra fe nos haga mejores que los demás. Porque creemos y experimentamos que somos débiles y frágiles. Y mis compañeros jesuitas os muestran diariamente su debilidad y fragilidad. Sin embargo, la nuestra es una vivencia de gratuidad: lo mejor de lo que somos lo hemos recibido. Y sentimos que la fe nos ha ayudado a “crecer en humanidad”. Porque nos da confianza en que todo ser humano lleva en sí una potencialidad que le trasciende y que siempre puede desarrollarse y crecer. La fe nos hace salir de nosotros mismos y nos ayuda a amar desinteresadamente... asumiendo pacientemente nuestros límites. Y por esto la fe nos invita a superar los miedos que son inherentes a nuestra condición humana: el miedo, al dolor, a la enfermedad, a la inseguridad, a la pobreza, a la soledad.

Este espíritu de fe nos impulsa a desarrollar paciente y apasionadamente la *utilitas*, la *iustitia* y la *humanitas*. La *utilitas* es también servicio a la Creación continua del mundo. La *iustitia* es acoger lo que Jesús llamaba “el Reinado de Dios”: la llamada a transformar

el mundo en pos de la solidaridad y la reconciliación. La *humanitas* es creer profundamente en el amor de Dios al ser humano y en sus capacidades de trascendencia.

Por esto los jesuitas estamos a gusto trabajando codo a codo con personas que comparten la pasión por la *utilitas*, la *iustitia* y la *humanitas*, aunque no compartan nuestra fe. Escuchamos la voz de Jesús que decía que cuando está en juego el bien de la humanidad “el que no está contra vosotros, está de vuestra parte” (Lc. 9,51). Porque el criterio de autenticidad de nuestra fe es el trabajo por el bien de los seres humanos.

CREEMOS QUE JUNTOS PODEMOS TRABAJAR EL “ESPÍRITU HUMANO”. ESTO SIGNIFICA TRABAJAR NUESTRA CAPACIDAD DE AMAR. NUESTRA LIBERTAD PROFUNDA. LA CALIDAD DE NUESTRAS RELACIONES. TRABAJAR PARA QUE LAS PERSONAS, LOS COLECTIVOS Y LAS SOCIEDADES SEAN MÁS SENSIBLES Y MADUROS, MÁS JUSTOS Y SOLIDARIOS.

Creemos que juntos podemos trabajar el “espíritu humano”. Esto significa trabajar nuestra capacidad de amar. Nuestra libertad profunda. La calidad de nuestras relaciones. Trabajar para que las personas, los colectivos y las sociedades sean más sensibles y maduros, más justos y solidarios.

VISIÓN Y COMPROMISOS

Cultivar, vivir y desarrollar estas cuatro dimensiones del espíritu no es tarea fácil. (...) Por esto creemos que es necesario explicar qué significa trabajar juntos en la tarea universitaria. Hombres y mujeres, creyentes y no creyentes, creyentes de distintas confesiones religiosas colaboran en las Universidades jesuitas de todo el mundo. Y lo hacen desde perspectivas diversas. Para unos es un

compromiso profesional. Otros se identifican a fondo con la Misión compartida en los centros universitarios jesuitas. Para otros, esta misión es vivida desde una experiencia creyente. En todo caso, lo importante es que nos sentimos comprometidos con una gran causa común: La formación universitaria, de calidad presidida por el “espíritu” de las cuatro dimensiones antes definidas.

La visión y la misión sirven de bien poco si no se concretan en proyectos estratégicos concretos y que puedan ser evaluados. Por esto es importante que los centros... acompañen, en la medida de lo posible sus objetivos, sus métodos y sus procesos de evaluación.

Finalmente una reflexión que tiene en cuenta los tiempos postmodernos que vivimos. En un mundo complejo y cambiante es muy importante la flexibilidad, la capacidad de cambio y de innovación. Pero todo esto es importante si está al servicio de metas de largo alcance y de compromisos serios que superan las dificultades, los desánimos y las ofertas tentadoras que desvían del objetivo perseguido. La investigación, la docencia son tareas de largo alcance que requieren de compromisos duraderos.

CONCLUSIÓN

Termino con un deseo y una petición. En una sociedad sobrecargada de estímulos, la interioridad es importante y también lo es el trabajo del espíritu humano que nos abre al espíritu con mayúsculas. Modestamente, los jesuitas creemos que podemos aportar algo en este campo. La espiritualidad ignaciana (que encuentra su raíz en la experiencia personal de San Ignacio, nuestro fundador) es un regalo que nos ha sido hecho y que los jesuitas ofrecemos, convencidos de su valor para toda persona en búsqueda, en el mundo actual.

La historiadora Karen Armstrong escribió hace dos años el libro *La gran transformación*. Es un libro que me ha resultado muy sugerente. En él, la autora analiza el camino espiritual de cuatro culturas que produjeron entre los siglos V y III antes de Cristo un cambio de conciencia humana de tal envergadura que Kart Jaspers llamó a este tiempo “la época Axial”. Pues bien, Karen Armstrong cree descubrir en el camino espiritual de cinco siglos, que preparan el tiempo axial, la marcha trabajosa y de intensa búsqueda para encontrar la clave de cómo superar la violencia, la inhumanidad, el sufrimiento que nos infligimos los unos a los otros por medio de la injusticia, la exclusión, el prejuicio o la guerra.

Lo que resume las intuiciones del tiempo axial es la vuelta al camino interior. Esta intuición, compartida por Confucio, LaoTsu, Mencio, Buda, los Místicos del Upanishad, el Baghavad Gita, Jeremías, Ezequiel, Sócrates y Platón, emerge después de cuatro siglos de buscar soluciones externas, rituales, substitutos del cambio radical de mentalidad y de corazón.

Desafortunadamente estas intuiciones se pierden con la simbiosis manipuladora de lo religioso y lo político; de la búsqueda auténticamente religiosa y la preocupación política, ideológica o de otros intereses innombrables. Vuelve de nuevo con Jesús y Pablo, más tarde con Mohamed... y, creo yo, con Ignacio de Loyola. Es mi deseo profundo que nosotros también podamos integrar este camino de vida interior (...) La Comunidad, Iglesia o Confesión concretas pueden ayudar a definir identidad y tradición; pero es el corazón abierto y transformado el que da cuerpo en el trabajo, la empresa, la tecnología o el gobierno, a la búsqueda multisecular de un mundo más justo, humano y fraterno, algo que Jesús anunció en términos del Reino de Dios.

Nosotros, jesuitas, acabamos de pasar por la experiencia de una Congregación General (la trigésima-quinta de nuestra historia). En ella hemos tratado de reflexionar sobre nuestra identidad, nuestra misión, nuestra colaboración con otros, nuestra gestión de planificación y gobierno. Son muchos los retos que la Congregación General nos ha dado. Y esperamos saber y poder afrontarlos. Aprovecho esta oportunidad de hablar ante tantos de vosotros, que nos veis y acompañáis de cerca, que compartís nuestra visión, que os preocupáis a veces de nuestra consistencia espiritual y de nuestro futuro. Aprovecho, repito, esta oportunidad para pedir os ayuda. No me refiero sólo al apoyo que ya nos dais con vuestra dedicación total, inteligente y generosa, a las obras que llevamos adelante y que contribuyen a su buena dirección e incluso éxito. Os pido ayuda en acompañarnos por el camino más profundo, en fidelidad al camino interior recibido de San Ignacio. No temáis desafiarnos cuando nos veáis confusos en nuestra identidad religiosa o eclesial; no dudéis en corregirnos cuando nos creamos mejores, más dueños de lo que pertenece a todos; apoyad la visibilidad diaria y convincente de nuestra vida en el espíritu; disuadidnos con decisión de todo lo que enturbie la visión y motivación de servir a la humanidad en la humildad de la investigación, la enseñanza y el trabajar por hacer nuestro mundo un poco mejor.

Permitidme que repita aquí lo que dije en mi última homilía al finalizar la Congregación General. Tanto la misión en la que estamos comprometidos, como nuestra herencia ignaciana pertenecen a la Iglesia y a la Humanidad. Todos los que participan de ambas son nuestros colaboradores. Y cuando otros van más allá que nosotros en corazón y espíritu, entonces somos nosotros sus colaboradores. Este es el único terreno en el que es honesto competir para quienes tenemos en Cristo el Modelo y el Maestro.

Por mucho que todos nosotros hayamos recibido una influencia especial de uno u otro profesor o maestro en nuestros años universitarios, todos sabemos que la verdadera educación es fruto del trabajo coordinado y complementario de todos. Una mayor universalidad –y a eso refiere la Universidad– requiere una mayor colaboración y ofrece mayor riqueza de formación personal y social. Lo que la globalización trae o lleva de peligro de excesivo influjo de una manera de vivir o de pensar, ha de ser equilibrado con la solidaridad original y creativa de la Universidad. Esta, a través de muchas aportaciones y servicios, prepara personas y grupos para una libertad de verdad responsable.

LO QUE LA GLOBALIZACIÓN TRAE O LLEVA DE PELIGRO DE EXCESIVO INFLUJO DE UNA MANERA DE VIVIR O DE PENSAR, HA DE SER EQUILIBRADO CON LA SOLIDARIDAD ORIGINAL Y CREATIVA DE LA UNIVERSIDAD. ESTA, A TRAVÉS DE MUCHAS APORTACIONES Y SERVICIOS, PREPARA PERSONAS Y GRUPOS PARA UNA LIBERTAD DE VERDAD RESPONSABLE.

Al terminar ahora esta larga presentación deseo expresar una esperanza. La Congregación General nos ha dejado un mandato de revisión a fondo de nuestras estructuras de gobierno. No es tarea fácil, y no tenemos nosotros el tipo de conocimientos, de experiencia o sabiduría para llevar a cabo este mandato. Es mi esperanza que podamos contar con vosotros para ello.

(...)

Es tiempo ya de concluir mis palabras. A todos deseo, ante todo, daros las gracias: porque con vuestro esfuerzo e ilusión diarios, estáis haciendo posible la formación de personas al servicio de los demás. Y en segundo lugar, transmitiros humildemente mi apoyo y mi oración para que continuéis con tenacidad esta sacrificada pero apasionante tarea.

Muchas gracias.



Adolfo Nicolás Pachón, sj, nació en Villamuriel de Cerrato, Palencia, en 1936. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1956 y se ordenó como sacerdote en 1967. Se doctoró en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana. El 19 de enero de 2008 fue elegido como Prepósito General de la Compañía de Jesús, cargo que ocupó hasta el año 2016.



Autor: Hannes Heinsar

Disponible en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:AdolfoNicolas.jpg>

fides
iustitia
utilitas
humanitas



“La imagen de las raíces inspira porque evoca la necesidad de alimentarnos con las mejores nutrientes a nuestro alcance. Como es el caso de los valores que alientan y señalan un modo de proceder que ayuda a encontrarse con uno mismo, revitaliza lo mejor de la institución, crea una perspectiva y un lenguaje común que permite el entendimiento en la diversidad.

A la vez, las raíces evocan el apoyo entre muchas personas e instituciones que hacen posible la existencia y el crecimiento de una de las organizaciones más complejas de la sociedad: la Universidad. Especialmente, si se trata de una institución que acepta todos los desafíos que se proponen a una casa de altos estudios.

Compromiso y colaboración son parte de un mismo dinamismo que define y alienta a la Universidad Católica de Córdoba.”

P. Dr. Alfonso José Gómez, sj



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CÓRDOBA

Universidad Jesuita

